

EL SUPUESTO COMLOT NIPO-MEXICANO CONTRA ESTADOS UNIDOS DURANTE LA REVOLUCIÓN

VÍCTOR KERBER
El Colegio de México

A Mario Federico Real de Azúa

Antecedentes

EN NOVIEMBRE DE 1910 ESTALLÓ la revolución en México. Conforme crecía el movimiento, el horror se fue apoderando de la opinión pública de Estados Unidos. No sólo se temía un menoscabo considerable de los intereses económicos estadounidenses en México, sino también una injerencia velada de las potencias extracontinentales en las facciones revolucionarias, con el propósito de afectar la seguridad de Estados Unidos y disputarle su hegemonía continental favorecida por la Doctrina Monroe. Una de esas potencias —y, a no dudar, una de las que más suspicacias levantaba en Estados Unidos— era Japón.

Las sospechas de que Japón estaba involucrado en la Revolución mexicana se relacionaban con el temor de que éste eventualmente se apoderara de la costa occidental de Estados Unidos, a través de la población japonesa inmigrante que había crecido en proporciones cuantiosas, o peor aún, a través de una magna invasión armada desde México. No resultaba descabellado imaginar cosas semejantes, sobre todo en virtud del orgullo que reflejaban algunos medios de opinión japoneses, tras la humillante derrota que sus fuerzas armadas habían

infligido a Rusia en 1905. De hecho, esos medios promovían la emigración como una manera de contribuir a la expansión y grandeza de Japón.¹

En California la paranoia antijaponesa se recrudeció, no obstante que en 1907 el gobierno de Teodoro Roosevelt había logrado que Japón concluyera el llamado *Gentlemen's Agreement*, un acuerdo por el cual el gobierno japonés se comprometía a frenar la emigración japonesa a Estados Unidos y, por añadidura, a México. Se creía que muchos japoneses se internaban ilegalmente en Estados Unidos desde México, y algunos medios de opinión suponían incluso que en México se concentraban "cientos" de ex combatientes de la guerra ruso-japonesa que, disfrazados de agricultores, aguardaban pacientemente la orden de ejecutar el asalto final a los Estados Unidos.²

La ola de antijaponismo en Estados Unidos coincidió con un momento en el cual el gobierno del general Porfirio Díaz se empeñaba en promover el establecimiento de colonias japonesas en territorio mexicano y en extender las relaciones de México con Japón, quizá con el fin de contrarrestar la abrumadora dependencia de México hacia los Estados Unidos. Paralelamente, en la sociedad mexicana se vivía un *boom* por Japón. Los diarios mexicanos publicaban extensos artículos sobre la vida y las costumbres japonesas. Los teatros de revista ponían en escena obras que reflejaban el "exotismo" de Japón. Las artes marciales japonesas se popularizaban y el poeta Tablada difundía los poemas de Bashō y los grabados de Hiroshige. Algunos miembros de la élite de México —como el gobernador porfirista de Jalisco, Francisco Tolentino— incluso discurrían con sus amistades sobre las increíbles hazañas de sus supuestos ancestros samurais.

A la opinión pública norteamericana lógicamente le escandalizaba el atractivo que Japón ejercía sobre los mexica-

¹ Yasuno Wakatsuki, *Japanese Emigration to the United States, 1886-1924; A Monograph* (Cambridge, Mass.: Charles Warren Center for Studies in American History, Harvard University, 1979), pp. 442-444. También Raymond Leslie Buell, *Japanese Immigration*. (Boston: World Peace Foundation, 1924.)

² Enrique Cortés, *Relaciones entre México y Japón durante el Porfiriato* (México, D.F.: Archivo Histórico Diplomático Mexicano, SRE, 1980), p. 99.

nos. Las voces que advertían sobre los aviesos planes japoneses para invadir Estados Unidos desde México empezaron a especular sobre la posibilidad de que hubiese algún acuerdo secreto entre el gobierno de Díaz y Japón, para consumir el asedio a los territorios que antaño pertenecieron a México.

Aunque el impacto del *Gentlemen's Agreement* se dejó sentir en México, pues en 1908 solamente se registró un inmigrante japonés, la sospecha de que México y Japón tramaban una alianza secreta cobró tintes de verdad entre el público norteamericano cuando en 1911 la prensa amarillista sacó a la luz evidencias de que los japoneses pretendían apoderarse de Bahía Magdalena, en Baja California, supuestamente para construir ahí una estación carbonífera y una base naval, con la anuencia de Porfirio Díaz. Algunos periódicos publicaron incluso las declaraciones de Gustavo A. Madero, hermano del líder revolucionario Francisco I. Madero, acerca de las "muy avanzadas" negociaciones entre México y Japón para la firma del mencionado tratado. En abril, el embajador estadounidense en México, Henry Lane Wilson, le echó más leña al fuego, al asegurar ante la prensa que en sus manos obraba copia fotografiada del tratado secreto nipo-mexicano con fines ofensivo-defensivos.³ En agosto de 1912, a propósito de Bahía Magdalena, el senado norteamericano, por iniciativa del senador por Massachusetts Henry Cabot Lodge, aprobó una resolución que le advertía a Japón sobre la vigencia de la Doctrina Monroe.

El exilio de Díaz y el estallido del movimiento armado en México no disiparon las sospechas de que Japón tramaba una invasión desde México. Hacia 1915, la asociación entre el "peligro amarillo" de allende el océano Pacífico y las huestes "bárbaras" de allende el río Bravo era tal, que el encargado de negocios de la embajada estadounidense en México, Nelson O'Shaughnessy, no vacilaba en transmitir en sus in-

³ Sobre el escándalo de Bahía Magdalena véase Eugene Keith Chamberlin, "The Japanese Scare at Magdalena Bay", *Pacific Historical Review*, v. 24, pp. 345-359. También Francis J. Manno y Richard Bednarcik, "El incidente de Bahía Magdalena" *Historia Mexicana*, v. 19, núm. 75, pp. 265-387. Édgar Andrade Jasso, "El drama de la Bahía Magdalena", *Revista Mexicana de Política Exterior*, núm. 22 (enero-marzo, 1989), pp. 37-42.

formes al departamento de estado lo que, en su delirio, aparecía como la infiltración de cientos de japoneses en todas las filas revolucionarias: carrancistas, villistas o zapatistas.⁴ Para frenar a Japón se emplearon también viejas tácticas del filibusterismo, como ocurrió en el caso del autoproclamado "gobernador" Anaya, en Baja California. Este personaje vesánico lanzaba decretos de expropiación de terrenos contra los desafectos a su causa: la causa del antijaponismo y el anexionismo a Estados Unidos.

El resumen de esta sucesión de eventos nos permite abordar lo que constituye propiamente el eje de este ensayo. Como se puede inferir, el ascenso de Japón al nivel de una potencia militar durante la primera década de este siglo, así como las especificidades de la mano de obra japonesa inmigrante, produjeron en los públicos estadounidense y mexicano reacciones opuestas de desconfianza y rechazo en el caso del primero, y de simpatía y búsqueda de acercamiento en el caso del segundo. Estas imágenes contrastantes repercutieron, sin lugar a dudas, sobre las actitudes de cada uno de los gobiernos y, consecuentemente, sobre la definición de sus políticas.

El interés aquí se centrará en el recuento somero de las suspicacias que despertaban en Estados Unidos los vínculos entre México y Japón, durante el periodo álgido de la Revolución mexicana (1917-1940). A lo largo de este periodo, la opinión pública estadounidense persistió en creer que los sucesivos gobiernos revolucionarios de México fraguaban secretamente pérfidas intrigas al lado de Japón y otras potencias para desestabilizar la hegemonía de Estados Unidos en el hemisferio.

El sospechoso don Venustiano

Hacia 1917, el presidente Venustiano Carranza intentó poner orden en el país mediante la promulgación de una nueva Constitución Federal. En Europa, mientras tanto, la guerra seguía cobrando víctimas y sembrando destrucción. Con di-

⁴ Iyo Iimura Kunimoto, "Japan and Mexico, 1888-1917", tesis doctoral (Austin: University of Texas, 1975), pp. 185-186.

simulo frente al señor Carranza, los diplomáticos europeos convertían a México en escenario importante de componendas e intercambio de sospechas entre espías y contraespías.⁵ Pero en Washington no se confiaba en la inocente neutralidad de Carranza y, por ello, el departamento de estado ordenó a su embajada en México que siguiera de cerca todos los movimientos de los diplomáticos en sus tratos con el gobierno mexicano, particularmente los del representante japonés, Tamekichi Oota, a quien se veía entrar y salir del Palacio Nacional con absoluta libertad y cuantas veces quería.

Las razones por las cuales se desconfiaba de Carranza tenían su origen en otra barahúnda que se armó al descubrirse que México intentaba comprarle armas y equipo militar a Japón. La prensa estadounidense de la cadena Hearst se dedicó a tejer una fantástica historia según la cual Carranza había pactado intercambiar armas japonesas por la estratégica Bahía Magdalena. En realidad Carranza sólo pretendía consumir la compra del equipo bélico que el usurpador Victoriano Huerta había contratado con la empresa Mitsui varios años antes de escapar al asedio de las tropas carrancistas. En vista del embargo de armas y municiones que el gobierno de Woodrow Wilson había decretado en contra de México, y dado el propósito de Carranza de fortalecer la industria militar mexicana, el contrato de armas con la compañía japonesa se abría como una opción viable. Por fin, en agosto y en octubre de 1916, el gobierno mexicano cerró el contrato de compra de maquinaria, armas y municiones a la industria de Japón.⁶

En Estados Unidos llegó a haber tales sospechas sobre el supuesto pacto militar secreto de don Venustiano con los japoneses, que las autoridades norteamericanas no dudaban en violar la inmunidad de los representantes mexicanos en el exterior cuando lo consideraban necesario por razones de seguridad nacional. En cierta ocasión, al pasar por San Francisco

⁵ Friederich Katz, *La Guerra Secreta en México*, 2 vols. (México: Ediciones Era, 1983.) Esperanza Durán, *Guerra y revolución. Las grandes potencias y México, 1914-1918*, México, El Colegio de México, 1985, pp. 233-261.

⁶ Una copia de los contratos se encuentran en el Archivo Histórico "Genaro Estrada" de Relaciones Exteriores, citado en adelante como AHGERE. Sobre los arreglos de Huerta con la compañía Mitsui véase Künimoto, *op. cit.*, p. 160.

el agregado naval de la legación mexicana ante Japón; los inspectores marítimos del puerto abrieron su equipaje mediante llaves falsas y lo registraron en busca de evidencias. Fue tal el enojo de Carranza, que inclusive denunció públicamente el hecho durante su informe ante el Congreso de México en 1918. Igualmente, Carranza denunció la constante violación que perpetraban los barcos de guerra estadounidenses en Bahía Magdalena, donde desembarcaban sus tripulaciones y realizaban maniobras ilegales en tierra, quizás con el fin de encontrar pruebas de que Japón se quería apoderar de la bahía.⁷ La sospecha estadounidense de que Carranza, al igual que Porfirio Díaz, estaba confabulado con los japoneses para agredir a Estados Unidos; aunque incierta y disgustante para el Varón de Cuatro Ciénegas,⁸ era explicable a la luz de las sensibilidades de aquella época. Wilson era constantemente apremiado por la opinión pública interna para que definiera su posición de si favorecería o no activamente a los aliados en la guerra europea. En medio de ese debate, en marzo de 1917 la prensa norteamericana hizo público un telegrama que el ministro del exterior de Alemania, doctor Zimmerman, le había enviado a Carranza, y que había sido interceptado por agentes secretos de Inglaterra. En dicho telegrama, Alemania le ofrecía a México, aparte de ayuda financiera, la garantía de recuperar los territorios perdidos en la guerra de 1848, si México favorecía a Alemania para atacar a los Estados Unidos. Ante semejante evidencia, ¿podían caber dudas de que el gobierno mexicano formaba parte de un complot internacional para atentar contra la seguridad de Estados Unidos? ¿Podía dudarse de los velados propósitos de socavar la validez de la Doctrina Monroe?

El *adendum* del telegrama Zimmerman llevó a su clímax la alarma con que el público norteamericano recibió la noti-

⁷ Venustiano Carranza al abrirse el periodo ordinario de sesiones el 10. de septiembre de 1918, *México a través de los Informes presidenciales: La Política Exterior*, v. 3 (México: SRE y Secretaría de la Presidencia, 1976), pp. 221-234.

⁸ En una ocasión, Carranza le confió al Ministro de Chile en México, Alberto Yoacham, su profundo malestar al respecto, según informó Yoacham a su cancillería en diciembre de 1919. Sol Senrano, *La Diplomacia Chilena y la Revolución Mexicana* (México, D.F.: SRE, AHGERE), pp. 257-258.

cia de que Estados Unidos corría el peligro de ser invadido. Zimmerman le pedía a Carranza que invitara a Japón a formar parte de la alianza antiestadunidense.⁹ ¿Qué razones tenían los alemanes para suponer que Carranza podía persuadir a los japoneses de que se unieran a la causa alemana? Para muchos la respuesta era fácilmente deducible: entre México y Japón los canales secretos de comunicación eran todavía indecifrables, pero seguramente existían.

No se sabe hasta qué punto Carranza tomó en serio las propuestas contenidas en el telegrama de Zimmerman y si alguna vez el mikado japonés se enteró de las intenciones alemanas, antes de que el telegrama fuese publicado. Tampoco se sabe si el susodicho telegrama fue real, o si constituyó una artimaña inventada por los británicos para forzar a los norteamericanos a comprometerse con la causa aliada. Si tal era el objetivo, el telegrama surtió efecto, puesto que sirvió para que el presidente Wilson enviara tropas a Europa para combatir contra los alemanes y los austriacos. También sirvió para mantener abierta la sospecha de un eventual complot nipo-mexicano.

Obregón, amigo de Japón

En 1910, el mundo comenzó a vivir una etapa en la que el moralismo político defendido por Wilson se imponía sobre la política de poder, con el triunfo aliado sobre Alemania. La situación interna en México, sin embargo, era otra vez caótica, pues villistas, obregonistas, carrancistas y zapatistas estaban enfrascados en luchas sangrientas por el poder. Para la opinión pública mundial, México constituía un país ingobernable e incapaz de ser considerado como miembro de la Sociedad de las Naciones que promovía Wilson.

En Estados Unidos la ola de antijaponismo no cesaba; continuamente aparecían en la prensa estadounidense artículos sensacionalistas que advertían sobre la amenaza asiática. En diversas proclamas ante los diarios de Nueva York, el se-

⁹ Katz, v. 1, *op. cit.*, p. 41.

nador californiano James D. Phelan expresó su convicción de que Japón intentaba llevar a cabo una colonización de México mediante la infiltración masiva de japoneses en las filas revolucionarias. Más aún, Phelan declaró que Japón no sólo desafiaba a la Doctrina Monroe, sino que ya poseía vastas extensiones de tierra al sur de California.¹⁰

Las poblaciones sajonas de los estados fronterizos con México lógicamente vivían aterradas. Su peor pesadilla era la de verse atrapadas entre las "hordas" asiáticas del oeste y los "indios" del sur. El ataque sorpresivo de Pancho Villa a Columbus el 9 de marzo de 1916 constituía una prueba veraz de que la invasión de unos o de otros, o de los dos juntos, no era una ficción. Las ideas de vínculos conspiratorios nipo-mexicanos, por lo tanto, seguían presentes. No faltaban los que pensaban que el grueso de las tropas zapatistas y villistas eran simples japoneses disfrazados.

El año de 1917, el reconocido intelectual de origen japonés Karl Kawakami publicó un libro en el que se avocó a clarificar los enredos que se habían tejido en torno a Japón. En un capítulo dedicado a México, Kawakami no negaba la posibilidad de que unos cuantos agricultores japoneses de los que habían emigrado en el pasado pudieran militar en las filas revolucionarias, pero que ciertamente era falaz suponer que detrás de ellos hubiese designios perversos fabricados en Tokio. Es muy probable que quienes veían a cientos de japoneses infiltrados en las facciones revolucionarias de México confundieran a los indígenas con japoneses pues, después de todo, para las teorías antropológicas de la época los dos eran racialmente afines.¹¹ José Juan Tablada, en un libro que se publicó en 1919, coincidía en destacar esta supuesta afinidad morfológica entre los japoneses y los mexicanos. Cuenta Tablada que en cierta ocasión, al ver un desfile militar en Tokio, se dio cuenta de que "aquellos rudos legionarios de baja

¹⁰ Las declaraciones del senador Phelan aparecieron en el *New York American* del 21 de marzo de 1919, y el *New York World* del 16 de abril de 1919. Citado en Eleanor Tupper and George E. McReynolds, *Japan in American Public Opinion* (Nueva York: Macmillan, 1937), pp. 170-201.

¹¹ Karl K. Kawakami, "Japanese 'Designs' upon Mexico", *Japan in World Politics* (Nueva York: Macmillan 1917), pp. 221-241.

estatura, cráneo rapado, rostro cobrizo y pómulos salientes tienen en su aspecto una semejanza absoluta con las tropas mexicanas".¹²

Cuando Villa es aniquilado militarmente en Celaya y Zapata es asesinado en Chinameca y Carranza en Tlaxcalantongo, el grupo encabezado por los generales sonorenses Obregón y Calles se abre paso hacia la silla presidencial de México. A nivel interno, su propósito era acabar de una sola vez con el pandemónium revolucionario, y dotar al país de instituciones que garantizaran el orden y la estabilidad sin caer de nuevo en el modelo liberal-oligárquico del Porfiriato. Las opciones en boga al comienzo de los años veinte oscilaban entre el socialismo bolchevique de Lenin en Rusia y el modelo fascista del italiano Mussolini. En ambos casos, la organización de un partido político había sido el elemento primordial para arribar al poder y mantenerlo.

A nivel externo, los sonorenses se habían planteado como objetivo la reintegración de México a la comunidad internacional mediante la revisión cuidadosa de sus relaciones con las principales naciones del orbe. En primer lugar, se hallaba el problema de que Washington le diera el reconocimiento al gobierno del presidente Álvaro Obregón. El General obtuvo ese reconocimiento al cabo de tres años, el día 31 de agosto de 1923, un día antes de que rindiera su penúltimo informe de gobierno ante el Congreso de la Unión. Como una ironía de la historia, en el preciso momento en que los representantes de los gobiernos mexicano y norteamericano brindaban por un futuro feliz, la ciudad de Tokio fue sacudida por un terremoto devastador cuyo saldo fue de 93 mil muertos y cientos de miles de casas destruidas. La contribución de México —no obstante la fragilidad de su economía— para reparar el desastre consistió en un donativo de 50 mil pesos, ¡en oro!

En 1924, la supuesta invasión japonesa a Estados Unidos pasó de ser una fobia local, que afectaba sobre todo a los californianos, a convertirse en una psicosis nacional. Entre febrero y marzo, algunas publicaciones empezaron a exigir que los inmigrantes japoneses fueran excluidos totalmente del territo-

¹² Citado en Cortés, *op. cit.*, p. 107.

rio estadounidense. Las asociaciones antijaponesas efectuaban campañas intensas en las que denunciaban las formas como los japoneses pretendían apoderarse de más y más terrenos en los Estados Unidos. El *Chicago Tribune* y el *San Francisco Chronicle*, ambos de la cadena Hearst, difundieron entonces el rumor de una hipotética anexión total al imperio japonés de la costa occidental norteamericana junto con Baja California.¹³ Por fin, en julio, el congreso de Estados Unidos aprobó un Acta de Exclusión contra los japoneses. El presidente Coolidge la firmó sin mayor objeción.

Durante la primera mitad de los años veinte, las masas también habían irrumpido en la vida política de Japón enarbolando las ideologías en boga. Con la creciente intervención de los partidos en los procesos políticos y la extensión de la prensa al público mayoritario, los acontecimientos mundiales se convirtieron en temas de debate intenso. Así, tras la recuperación de los efectos devastadores del terremoto de 1923, la prensa comenzó a testificar sobre el movimiento antijaponés en Estados Unidos y, posteriormente, sobre la exclusión. El periódico *Chuo* reaccionó acusando a los estadounidenses de "cínicos abogados de la igualdad motivados en realidad por prejuicios raciales". La revista *Hochi* consideraba que los norteamericanos eran espiritualmente primitivos, a pesar de su alto progreso material.¹⁴

El Acta de Exclusión, promulgada por el senado estadounidense en 1924, constituyó un parteaguas para las políticas de Japón hacia el continente americano. El gobierno japonés empezó a intervenir más activamente en la selección y preparación de los emigrantes hacia otras partes del mundo, y al parecer ahora sí vinculaba el fenómeno migratorio a proyectos que esperaba podrían contener a la larga la animadversión de los Estados Unidos. El término *shokumin* se utilizaba indistintamente para significar "emigración" y "expansión". Para situarnos en un contexto más amplio, hay que señalar que la oposición a Japón no se daba únicamente en Estados Unidos;

¹³ Lee Arne Makela, "Japanese Attitudes towards the United States Immigration Act of 1924", tesis doctoral, Stanford University (Stanford, 1973), p. 68.

¹⁴ *Ibid.*

también en China los movimientos nacionalistas contrarios al "imperialismo japonés" se habían multiplicado, formándose en ese año el primer frente unido antimperialista entre el partido *Guomintan* y el Partido Comunista Chino. En Japón, las corrientes nacionalistas representadas por Giichi Tanaka, del partido *Seiyukai*, insistían en la necesidad de fortalecer militarmente al país.

En medio del frenético clamor antijaponés prevaleciente en Estados Unidos, el gobierno obregonista se atrevió a concluir un nuevo Tratado de Amistad, Comercio y Navegación con Japón, para sustituir al de 1888. De más está decir la reacción que esto provocó. Apenas un año antes se había concertado el reconocimiento de Obregón para evitar la intervención norteamericana, y ya el general le dejaba motivos a su sucesor; Plutarco Elías Calles, para reconsiderarla. El departamento de estado obviamente consideró que el nuevo tratado nipo-mexicano tenía el propósito de "agredir moralmente la política de Estados Unidos".¹⁵ En castigo, se le suspendió a México un préstamo por 50 millones de pesos, negociado con anterioridad con el banquero tejano J.L. Arlitt.

El gobierno de México tuvo que suspender la publicación del tratado en el *Diario Oficial*, hasta no asegurar un préstamo que le permitiera cubrir tanto el déficit presupuestal del país como los servicios de la deuda, que entonces ascendía a 75 millones de pesos. Finalmente, el 28 de noviembre, el senado mexicano aprobó el tratado en sesión secreta y el congreso lo ratificó una semana después de que Calles asumiera la presidencia.

Mientras tanto, una nueva oleada de rumores sobre las "oscuras" intenciones de México en contubernio con Japón cundió entre la opinión pública norteamericana. Había quienes creían que México se dirigía hacia el comunismo, pero de nueva cuenta los que sospechaban que mexicanos y japoneses conspiraban contra la seguridad nacional de Estados Unidos lanzaron la voz de alarma. En octubre, el presidente de la Junta de Aguas Internacionales en Ciudad Juárez le escribió al entonces secretario de relaciones exteriores, Alberto J.

¹⁵ AHGERE, III/352072:52/1.

Pani, que del otro lado de la frontera se comentaba mucho sobre unas supuestas cláusulas secretas contenidas en el tratado entre México y Japón que otorgaban facilidades a los japoneses para que establecieran colonias en México. Según el informante, el hecho podía influir en el resultado de las negociaciones que se efectuaban para la distribución de las aguas de los ríos fronterizos.¹⁶

Esas "supuestas cláusulas" no existían. El tratado puntualizaba solamente que los ciudadanos o súbditos de una de las partes gozarían de completa libertad para entrar y permanecer con sus familias en toda la extensión del territorio de la otra parte, a condición de que se adecuaban a las leyes del país que los acogía. En otro de los apartados se precisaba que dichos ciudadanos podrían adquirir y poseer libremente toda clase de propiedades que la ley del país les permitiese, bajo las condiciones y limitaciones que dicha ley les impusiera. Nada extraordinario, pues. Los japoneses no gozaban de privilegios o prerrogativas especiales en México. Quizá para demostrar la inexistencia de los lóbregos lazos entre México y Japón, el entonces gobernador de Baja California —y posteriormente presidente de México—, Abelardo Rodríguez, le retiró los derechos de pesca a los japoneses que operaban en la zona y les otorgó la concesión a mexicanos. En adelante, las exportaciones de pescado que se destinaban a Japón se dirigirían a México y Estados Unidos. La comprensible protesta de los pescadores japoneses fue recogida por el diario *Tokyo Asahi* en su edición del 17 de noviembre de 1924. Con todo, la línea dura de la diplomacia estadounidense empezó a presionar sobre México. El embajador Warren —quien concertó el reconocimiento del gobierno obregonista a través de los Acuerdos de Bucareli— fue sustituido por Rockwell Sheffield, quien consideraba que México era un país de "bolcheviques" al que había que someter. En diciembre, el departamento de estado transmitió nuevamente a la Secretaría de Relaciones Exteriores una solicitud de concesión sobre la famosa Bahía Magdalena. En un memorándum privado el flamante secretario Aarón Sáenz se limitó a res-

¹⁶ AHGERE, III/352972:52/2.

ponder que ya en 1910 el asunto había provocado una polémica muy desagradable entre los dos países y que era mejor dejar las cosas así. Por supuesto, añadía Sáenz, cada vez que la escuadra norteamericana pidiera autorización para utilizar la bahía, se le otorgaría de inmediato.¹⁷

Como resultado de la exclusión de los japoneses de Estados Unidos, América Latina pasó a ser la receptora de inmigrantes japoneses más importante del mundo. En 1924, la región recibía 35% del total de inmigrantes japoneses y para 1928 recibía 71%; muy pocos de ellos, sin embargo, se quedaban en México. En 1925, llegaron a México sólo 160 de los 6 111 inmigrantes japoneses que se establecieron en los cuatro principales países receptores de inmigrantes en América Latina. Más de 80%, en cambio, se estableció en Brasil. Según María Elena Ota, la inmigración japonesa en México durante esos años se realizó a través del sistema *yobiyose*, es decir que el ingreso se producía a través de una invitación expresa de los japoneses ya residentes en el país. Desde entonces y hasta los años treinta, la cantidad de japoneses que elegía como sitio de residencia la costa del Pacífico y, sobre todo, las ciudades de Ensenada, Mexicali y Tijuana, en Baja California, se hizo particularmente importante.¹⁸

El desarrollo ambiguo de las relaciones

El 25 de julio de 1927, Giichi Tanaka —investido ya con la autoridad de primer ministro— presentó ante el recién estrenado emperador Hirohito un plan secreto de “conquista lenta del Universo”. Dicho documento, mejor conocido como *Memorial Tanaka*,¹⁹ partía de la base de que para sobrevivir

¹⁷ Citado en Jean Meyer, *Historia de la Revolución Mexicana*, v. 11, p. 10. Este libro de Jean Meyer adolece de una seria laguna, pues el autor sostiene que en la segunda mitad de 1924 “no ocurrió nada nuevo ni serio” en las relaciones entre México y los Estados Unidos, salvo el caso aislado y poco importante, según él, de la solicitud norteamericana de Bahía Magdalena.

¹⁸ María Elena Ota Mishima, *Siete migraciones Japonesas en México, 1890-1978* (México: El Colegio de México, 1962), pp. 71-86.

¹⁹ Giichi Tanaka, *Sueños Imperialistas del Japón: Memorial Tanaka* (México: Ediciones Minerva, 1942). La veracidad de este documento, al igual que el telegrama

en el futuro, Japón tendría que asegurar el abastecimiento de sus reservas alimenticias, desarrollar una industria que tuviera garantizado el suministro de materias primas y alcanzar su pleno desarrollo como potencia mediante la consolidación de su control sobre una vasta extensión territorial. Se señalaba que Estados Unidos podría darse el lujo de dedicar sus energías sobrantes a comerciar con China, porque América Latina y Canadá ya cubrían todas sus necesidades. El documento sugería seguir el ejemplo de Estados Unidos mediante el establecimiento de una "Doctrina Monroe" para Japón. Para lograr esto era fundamental dominar China; y para eso había que enfrentar primero a Estados Unidos.

Si queremos en el futuro dominar a China, debemos aplastar primero a Estados Unidos de la misma manera como luchamos en el pasado en la guerra ruso-japonesa. Para conquistar China debemos, ante todo, conquistar Manchuria y Mongolia. Para conquistar el mundo, debemos primero conquistar China.²⁰

El enfrentamiento con Estados Unidos, por lo tanto, parecía inevitable. Aparte de prohibir la inmigración japonesa por medio del Acta de Exclusión de 1924, Estados Unidos le impuso altas tarifas arancelarias a los productos japoneses y las tensiones aumentaron. Hay quienes afirman que al inicio de la década de los treinta también el gobierno norteamericano tenía el convencimiento de que era previsible un choque con Japón. Se dice, por ejemplo, que el presidente Franklin D. Roosevelt había colocado a Japón en el centro mismo de su vida pública y privada en aquellos años.²¹ En septiembre de 1931, el ejército japonés procedió a ejecutar las encomiendas del *Memorial Tanaka* mediante la ocupación de Manchuria.

A partir de 1931 los intercambios económicos de Japón con América Latina registraron un aumento formidable. Las inversiones japonesas en esa región se elevaron de 3 a 41 mi-

Zimmerman, podría ser dudosa, sobre todo si se tiene en cuenta que su publicación en Occidente ocurrió en plena guerra. Lo tomamos más bien como ejemplo de una corriente de opinión dominante en Japón.

²⁰ *Ibid.*, p. 28.

²¹ Neumann, F., "Franklin D. Roosevelt and Japan, 1913-1933", *Pacific Affairs*, v. 22, núm. 2 (mayo en 1953), p. 143.

llones de yenes entre 1931 y 1936.²² El comercio con los países latinoamericanos también aumentó considerablemente. Las exportaciones de Brasil a Japón, por ejemplo, se incrementaron 27 veces en el lapso 1931-1937, mientras que las importaciones lo hicieron 94 veces. En 1933 se registró el mayor número de japoneses jamás emigrados a Brasil: 23 299.

Aunque México no alcanzó la importancia de Brasil como centro receptor de la inmigración japonesa, el intercambio comercial de México con Japón sí se volvió importante. Las exportaciones mexicanas se incrementaron 20 veces entre 1931 y 1937, pasando de 666 mil yenes a 136 millones, y las importaciones aumentaron 242 veces, pasando de 90 mil yenes a 14.3 millones en el mismo periodo.

En México, los años que abarcan desde 1924 hasta 1934 correspondieron a una época determinada por la figura y la voluntad del general Plutarco Elías Calles. Aunque éste concluyó su mandato presidencial en 1928, continuó ejerciendo una influencia decisiva como líder máximo del proceso político de México, por lo que al ejercicio de su autoridad se le conoció como "el maximato". En 1929, mientras la economía mundial se sumergía en una gran depresión y el socialismo estaliniano se extendía hacia otras repúblicas, Calles creaba en México el Partido Nacional Revolucionario, abuelo del actual PRI.

La imagen internacional de México mejoró visiblemente durante el maximato. Estados Unidos cambió asimismo su estrategia diplomática hacia el país sustituyéndola por una más condescendiente, y el inefable embajador Sheffield fue sucedido por Morrow, quien pronto logró conquistar la amistad de Calles. En septiembre de 1930, México ingresó a la Sociedad de las Naciones a instancias, entre otros países, de Japón.

Las relaciones entre México y Japón comenzaron a adquirir una ambivalencia atribuible a las doctrinas nacionales que sustentaba cada uno y que, paradójicamente, tenían un mismo origen: la reacción ante el poderío de Estados Unidos. El expansionismo japonés en Asia respondía, en buena medi-

²² John Halliday, *A Political History of Japanese Capitalism*, New York: Pantheon, 1975, p. 356.

da, al ejercicio del poder de Estados Unidos, y lo mismo sucedía con la política antimperialista de los regímenes revolucionarios en México. De hecho, actuando en consonancia con sus principios, México condenó la ocupación de Manchuria por Japón en la Sociedad de Naciones en septiembre de 1931, no obstante sus deseos manifiestos de incrementar los lazos de amistad y comercio con aquella potencia del Pacífico, según se había demostrado unos meses antes con la muy resonada exposición de productos mexicanos en el elegante almacén *Mitsukoshi* de Tokio.

Por esas fechas, ocurrió también uno de los pasajes más lamentables de la historia del maximato, cuando el congreso estatal de Sonora —la tierra de Calles— emitió un decreto de exclusión contra los asiáticos, inspirado en el acta norteamericana de 1924. Aunque el decreto de exclusión sonorense no estaba dirigido contra los japoneses sino contra los chinos, aquéllos pagaron por éstos en forma indiscriminada. La prensa local señalaba a los chinos como portadores de las más graves enfermedades, provocadores de la degeneración de las futuras generaciones, propagandistas de todos los vicios, irrespetuosos y desobedientes por idiosincracia, jugadores empedernidos y constructores de la miseria. La xenofobia antichina se exacerbó, en parte, a causa de la gran depresión mundial que había devuelto al país a miles de braceros mexicanos que perdieron sus empleos en Estados Unidos. Se creía, así, que los chinos usurpaban lugares en el aparato productivo, los cuales correspondían a los mexicanos, y se insistió en pedir su exclusión.²³

Según fuentes norteamericanas, en 1931, 800 asiáticos fueron obligados a salir de Sonora por la fuerza cayendo en manos de los guardias fronterizos de Estados Unidos, quienes los deportaron a sus países con un costo para el erario norteamericano de 100 mil dólares. Al año siguiente la cifra ascendió a 4 317 asiáticos expulsados.²⁴ Los que se quedaban en Sonora eran obligados a llevar consigo tarjetas especiales cuyos costos eran altísimos y el que no la llevara corría el

²³ Jorge Gómez Izquierdo, "El nacionalismo antichino en México (1928-1934)", *Dosfilos*, núm. 37 (marzo-abril, 1989), pp. 33-36. Lorenzo Meyer, *Historia de la Revolución Mexicana*, v. 12, p. 243.

²⁴ Meyer, *ibid.*, p. 244.

riesgo de ser deportado. El hecho de que se vieran afectados algunos japoneses residentes en el estado dio lugar a una protesta enérgica por parte del ministro japonés Yoshibatsu Hori, quien argüía que el decreto de exclusión contravenía no sólo los términos del tratado nipo-mexicano de 1924, sino también la Constitución Federal.²⁵ Finalmente, el decreto fue derogado en octubre de 1931.

En el marco de las ambigüedades que caracterizaron las relaciones nipo-mexicanas durante el maximato, habría que señalar una serie de incidentes ocurridos entre 1932 y 1934. En junio de 1932, el barco japonés *Kumano* fue detenido junto con toda su tripulación en el puerto de Guaymas, Sonora, acusado de llevar a cabo actividades de espionaje mediante sondeos marinos y levantamiento de planos en las costas de Baja California.²⁶ El incidente al parecer no tuvo mayor resonancia en la opinión pública nacional pero, en todo caso, abrió entre las autoridades mexicanas algunos interrogantes sobre los verdaderos propósitos de Japón.

Al año siguiente, los buques *Yakumo* e *Iwate* de la armada japonesa salieron del puerto militar de Yokosuka para efectuar un recorrido por diversos puertos del Pacífico. El día 30 de abril arribaron a Acapulco, desde donde el comandante de la escuadrilla se trasladó a la ciudad de México para realizar una visita de cortesía al entonces presidente Abelardo L. Rodríguez. En vista de la política japonesa frente a China, la visita del comandante no fue bien acogida por algunos sectores de la sociedad mexicana. Durante un mítin de protesta frente a la legación de Japón, se pintaron los muros con injurias y se lanzaron piedras contra la propia legación.²⁷

Hacia mediados de 1934, el ministro mexicano en Alemania comunicó al secretario de Relaciones Exteriores la propuesta que le hiciera de manera confidencial un representante de la importantísima compañía Mitsubishi, en el sentido de llevar a cabo un amplio intercambio con México. La Mitsubishi se comprometía a suministrar toda clase de productos

²⁵ AHGERE III/553(52)/5.

²⁶ AHGERE III/241(52)/10.

²⁷ AHGERE III/3134(52)/2.

japoneses incluyendo bárcos, material rodante para ferrocarriles, maquinaria para caminos, turbinas y armamentos de toda especie a cambio de todo tipo de productos mexicanos; o bien a cambio de concesiones en las industrias extractivas de México, principalmente la minera y petrolera.

Quizás ésta era realmente la primera vez que un representante de los intereses de Japón le proponía al gobierno mexicano, en secreto, algo que con el tiempo hubiera podido redundar en una transgresión mancomunada de la seguridad nacional de Estados Unidos. Pero al ministro mexicano en Alemania se le remitió la instrucción de que respondiera negativamente ante tan sugestivo ofrecimiento.

Esas proposiciones son modalidades de la política de expansión económica que con tanta tenacidad, como competencia, lleva adelante el Japón en el mundo entero. Es bien sabido que dicho país está haciendo esfuerzos considerables para apoderarse de los mercados de América, y la prudencia más elemental aconseja, en nuestras relaciones comerciales con él, obrar con suma cautela. Por otra parte, los mercados principales que tienen los productos mexicanos en el exterior no están, precisamente, en el Japón.²⁸

Japón y el petróleo expropiado

Era evidente que el cultivo de relaciones especiales con Japón ya no figuraba entre las prioridades de la política mexicana. Los gobiernos del maximato se preocupaban más por demostrarle a Estados Unidos que México no tenía intención alguna de subvertir el orden hemisférico, y su mayor obsesión era la de resolver primero los problemas pendientes con el poderoso vecino.

Cuando el general Cárdenas asumió el poder en 1934, lo primero que intentó fue sacudirse la sombra de Calles y afianzar su autoridad para acelerar las reformas que se requerían en la sociedad mexicana. Con la expulsión de Calles del país y el debilitamiento del poder político de su hermano Rodolfo en Sonora, las agresiones contra la población de origen asiático

²⁸ AHGERE III/014(7252)/1.

en ese estado se frenaron de súbito. Después se supo que tanto la llamada Liga Nacional Antichina como el Comité Pro-Raza contaban con el respaldo de los hermanos Elías Calles.²⁹

A finales de 1937 había dos temas recurrentes en los diarios y en las revistas especializadas de Estados Unidos: el deterioro de la situación en Europa y la conducción política de México bajo la presidencia de Lázaro Cárdenas. En tres años de gobierno, Cárdenas había repartido más tierras entre los campesinos que todos sus antecesores juntos desde don Venustiano y había implantado una educación de corte socialista. Las huelgas obreras se multiplicaron con la aparente anuencia del estado mexicano y las obras de artistas e intelectuales de izquierda se exhibían abiertamente y, en ocasiones, hasta con respaldo del gobierno. Para algunos observadores norteamericanos parecía inminente el pronunciamiento de México hacia el comunismo. Se sospechaba incluso que las reformas internas del país podían tener conexión con supuestos dictámenes de Moscú, lo cual era absurdo puesto que se habían roto relaciones con la Unión Soviética desde 1930. Haciendo caso omiso de las voces que lo instaban a intervenir en México, Roosevelt prefirió asirse a su política de "buena vecindad".

El 18 de marzo de 1938, Cárdenas expropió el petróleo cuya explotación detentaban compañías estadounidenses y británicas, y el estruendo en la opinión pública norteamericana resurgió. Por supuesto, se ponía en duda la legalidad de la medida, se especulaba sobre la capacidad del gobierno mexicano para sostenerla hasta sus últimas consecuencias y se pensaba que con una presión tenaz de parte de los afectados, Cárdenas no tendría más remedio que echar marcha atrás. A los analistas más perspicaces, sin embargo, les preocupaba más lo que Cárdenas haría con el petróleo ya expropiado, en un momento en el que las potencias del Eje demandaban altos volúmenes de ésa y otras materias primas estratégicas. Fue dentro de este contexto donde reapareció el enfadoso supuesto de que México se entendía secretamente con Japón en perjuicio de Estados Unidos. Al mismo tiempo, como consecuencia de la

²⁹ Lorenzo Meyer, *op. cit.*, p. 244.

expropiación, las ambigüedades de la política mexicana hacia Japón se extrapolaron.

La política exterior del gobierno cardenista se había caracterizado por su insistencia en que las potencias tenían la obligación de apegarse a las leyes internacionales, y en varias ocasiones el gobierno llegó inclusive a oponerse abiertamente a las políticas de Italia, Alemania y Japón. Asimismo, se había denunciado la intervención ítalo-germana en la guerra civil de España e incluso se había apoyado con armas a los republicanos españoles. Un día después de la expropiación petrolera, el 19 de marzo de 1938, el delegado mexicano ante Ginebra condenó la invasión de Austria, y tanto en el seno de la Sociedad de las Naciones como en la Conferencia de las Nueve Potencias, celebrada en Bruselas en noviembre de 1937, México solicitó sanciones en contra de Japón por las violaciones de éste a la soberanía de China. Evidentemente, el gobierno cardenista no favorecía a las potencias del Eje. Sin embargo, a raíz de la expropiación, las relaciones de México con Estados Unidos y Gran Bretaña se deterioraron hasta el grado de la ruptura con el gobierno de Londres. La moneda estaba en el aire ¿qué haría México para evitar su aislamiento?

Las compañías petroleras afectadas por la expropiación se apresuraron a aplicar un férreo boicot a las ventas mexicanas de petróleo; dicho boicot coincidió con un embargo de las exportaciones norteamericanas de petróleo a las potencias del Eje. Al haber un país productor con exceso de oferta de un lado, y países consumidores con exceso de demanda del mismo bien del otro lado, la relación aritmética no podía ser más simple. Con estricto apego a su posición neutral frente a los primeros procesos que inspiraban a las potencias del Eje, México no tuvo más remedio que vender su petróleo a Alemania, Italia y Japón a través de dos empresas comercializadoras de Estados Unidos: la Davis & Co. y la Eastern States.³⁰

En realidad, la proporción de petróleo vendida a Japón fue insignificante debido a los altos costos de transporte des-

³⁰ Lorenzo Méyer, *México y los Estados Unidos en el Conflicto Petrolero, 1917-1942*. 2a. ed. (México: El Colegio de México, 1972), pp. 429-433.

de la costa del golfo de México, a través del canal de Panamá y a lo largo del océano Pacífico. Para los japoneses resultaba mucho más redituable extraer el petróleo de los pozos de Indonesia y China. No obstante, durante el resto de la administración cardenista la opinión pública norteamericana manejó todo tipo de supuestos sobre siniestras conjuras nipo-mexicanas, en las que el petróleo de México era el factor vertebral. La siguiente es una de esas historias.

El gobierno de México supuestamente le había otorgado una concesión de 25 mil hectáreas a la Compañía Mexicana Veracruzana, para que explotara petróleo en una superficie ubicada entre los municipios de Misantla y Jalapa, en el estado de Veracruz. Dicha superficie había sido explorada con anterioridad por compañías británicas y norteamericanas, las cuales habían desistido de explotarla debido a los altos costos. Le correspondió, entonces, al subsecretario Modesto C. Rolland, del ministerio de economía de México, otorgarle la concesión a la Compañía Mexicana Veracruzana, que él mismo había presidido y en la cual todavía tenía acciones. Posteriormente se descubrió que la mencionada compañía se hallaba bajo el control de la Compañía "La Laguna", que a su vez pertenecía a la Pacific Petroleum Co., que a su vez pertenecía a la Kober Petroleum Co., que a su vez pertenecía a la Compañía Mitsui, la cual aprovisionaba de petróleo al ejército japonés. La cuestión era saber por qué México le concedía una superficie tan extensa a los intereses petroleros de Japón.

Diversas fueron las hipótesis que se manejaron para descubrir el móvil de una maniobra a tales niveles velada. Para algunos probablemente se trataba del simple deseo de obtener ganancias económicas, pues se sabía que los japoneses pagaban cantidades fantásticas a cambio de recursos estratégicos. Quienes consideraban esta posibilidad sostenían que ya antes los japoneses habían materialmente arrinconado el mercado de mercurio mexicano, y que habían comprado cantidades abundantes de molibdeno pagando precios mucho más elevados que los del mercado libre de esos materiales. Asimismo, habían pagado de 5 a 6% más de lo que pagaba Estados Unidos por el antimonio, el cobre, el espato fluor y el tungsteno de México. ¿No desearían hacer lo mismo con el petróleo?

Una segunda hipótesis suponía que se trataba más bien de una maniobra de protección frente al boicot petrolero que aquejaba a México. El gobierno de Cárdenas podría burlarse de las presiones estadounidenses si lograba darle otra salida a su petróleo, aunque ello supusiera concederle derechos de operación a compañías pertenecientes a una potencia extrarregional, en este caso a Japón.

Una tercera corriente de opinión suponía que los japoneses intentaban establecer una base de operaciones para penetrar la economía mexicana. En el peor de los casos, podrían estar adquiriendo un terreno que eventualmente les permitiría consumir su tan ahelado sueño de contar con una base para operaciones militares. A menos de 500 millas de Texas por aire y a 1 300 millas del canal de Panamá, el susodicho terreno podía ser ideal.

La hipótesis más extendida, sin embargo, era la de que los japoneses simplemente querían tener una base de aprovisionamiento de petróleo en México para romper su dependencia respecto del canal de Panamá. Se decía, inclusive, que ciertas cantidades de petróleo ya se transportaban por ferrocarril hacia Japón a través del istmo de Tehuantepec, y que el gobierno mexicano tenía como finalidad expandir las redes ferroviarias hasta el puerto de Salina Cruz, para facilitar así el transporte del petróleo mexicano hacia el Lejano Oriente. Un corolario de esta hipótesis suponía que los japoneses, en vez de construir nuevas redes ferroviarias, buscaban construir un oleoducto desde el Golfo hasta el Pacífico.³¹

Poco antes de terminar su mandato, el presidente Cárdenas desmintió públicamente la veracidad de la supuesta concesión de terrenos a una compañía relacionada con intereses japoneses. La realidad era que al gobierno mexicano le resultaba muy incómodo sostener lo que un analista norteamericano describió como la mayor "anomalía" del régimen: pronunciarse sistemáticamente en contra de las acciones emprendidas por Italia, Alemania y Japón y, a la vez, surtir indirectamente a

³¹ Una descripción detallada de este caso apareció en "Oil for Bombs of China: Japanese Concession", *Time* (25 de octubre de 1940), pp. 22-23. Sobre el proyecto de oleoducto véase H.S. Norman, "Mexico Again Seeking Pipe Line to Pacific Coast", *Oil and Gas Journal* (25 de julio de 1940).

éstos de petróleo. ¿Cómo no iba a sospecharse que quizá existieran otra clase de acuerdos entre México y esas potencias!

A decir verdad, sí hubo un acuerdo nipo-mexicano que se negoció en secreto durante cuatro largos años. En agosto de 1937, el gobierno japonés le propuso al gobierno de Cárdenas la celebración de un convenio bilateral sobre telecomunicaciones. Para tal fin, los japoneses planteaban dos condiciones: que el texto oficial del convenio fuese redactado únicamente en inglés, sin original en español, y que el convenio entrara en vigor sin que su ratificación fuera gestionada ante el senado mexicano y sin que su contenido se publicara en el *Diario Oficial* o en ningún otro órgano informativo.³²

México podía quizás admitir la primera condición pero no la segunda, debido a que contravenía a la Constitución Federal. Después de extenuantes jornadas de cambios e intercambios de notas confidenciales, la parte japonesa seguía sin ofrecerle a la parte mexicana una razón convincente de por qué se aferraba a esas dos condiciones. Finalmente, el asunto del convenio se cerró cuando la Secretaría de Relaciones Exteriores consideró que el momento no era apropiado para concluirlo. Sería en julio de 1967, ya en la posguerra, cuando ambos gobiernos lograron concretar un acuerdo sobre cooperación en materia de telecomunicaciones.

La ola de rumores e intrigas acerca de los supuestos entendimientos secretos nipo-mexicanos sólo se disipó cuando el gobierno de México rompió con las potencias del Eje y se pronunció públicamente a favor de la causa aliada en mayo de 1942. El general Lázaro Cárdenas, retirado ya de su ejercicio presidencial, asumió el mando de la Región Militar del Pacífico con su cuartel general en Ensenada. Una de las primeras medidas tomadas por Cárdenas fue la construcción de bases navales en Manzanillo, Salina Cruz, y la controvertida Bahía Magdalena, para que fueran operadas por mexicanos.³³

³² AHGERE III/3692(7252)/1.

³³ Ángel J. Hermida Ruiz, *Cárdenas, Comandante del Pacífico*, Col. Fragua Mexicana 51 (México, El Caballito, s.f.).